

PINCOYA¹

Eliseo Cañulef Martínez

Las mariscadoras que vieron primero el ovillo enorme de cochayuyo que se acercaba desde el poniente, se hicieron la ilusión de que era un regalo del dueño del mar. Después vieron que tenía forma ovalada como un capullo de avispa gigante, y temieron que fuera un ahogado empollando larvas de muerte. Pero cuando quedó varado en la playa le quitaron las lianas de cochayuyo, los escombros de luche y las huilas de lugaluga, y sólo entonces descubrieron que era una mujer dormida.

Se habían entretenido con ella toda la mañana, haciéndola girar sobre la arena con suavidad para no despertarla, tratando de arrancarle de la piel los últimos vestigios de pelillo de sargazo que la cubría de cuerpo entero, cuando alguien desde los botes las vio por casualidad y dio la voz de alarma entre los pescadores. Los hombres que la cargaron hasta la embarcación más próxima notaron que pesaba más que todas las mujeres conocidas, casi tanto como un calamar gigante, y se dijeron que tal vez había estado demasiado tiempo durmiendo a la deriva y el agua le había vuelto de piedra los huesos. Cuando la tendieron en la cuaderna vieron que era mucho más grande que todas las mujeres, pues apenas si cabía en la lancha, pero pensaron que tal vez la facultad de seguir creciendo durante el sueño estaba en la naturaleza de ciertas durmientes. Tenía el olor de las toninas, y de no ser por la forma humana, podría haberse pensado que era una criatura del mar.

No tuvieron que hacer averiguaciones para saber que era una durmiente ajena. La caleta tenía apenas unas cincuenta mujeres, con cuerpos conocidos, algunas con buenas piernas, otras con buen semblante y la mayoría con hermosura discreta, y hasta tenía una reina que les ganó la corona de plata forjada a las más bellas de veinte caletas vecinas, pero ninguna mujer cuya hermosura pusiera en riesgo severo la cordura de algún mancebo.

¹ Este cuento forma parte del libro *Relatos Originarios* que el autor está preparando.

Aquella tarde no salieron a trabajar en el mar. Mientras los hombres cruzaban los canales averiguando qué se debe hacer en estos casos, las mujeres se quedaron cuidando a la criatura dormida. Le quitaron las algas parasitarias de la piel, le desenredaron del cabello los escombros marinos y le retiraron de manos y pies callosidades antiguas. A medida que lo hacían, notaron que la vegetación de su piel volvía a crecer casi al mismo tiempo en que se la sacaban, y que sus manos estaban acostumbradas a la siembra. Notaron también que sobrellevaba el sueño con placidez, pues no tenía el semblante macilento de otras durmientes conocidas, ni tampoco la catadura sórdida de ciertas durmientes transoceánicas. Pero solamente cuando acabaron de desnudarla tuvieron conciencia de la clase de hembra que era, y entonces temblaron de estupor. No sólo era la más exuberante, la más turbadora, la más femenina y la mejor equipada que habían visto jamás, sino que todavía cuando la estaban viendo no podían concebir que fuera de verdad.

No encontraron en la caleta una cama bastante grande para tenderla ni una silla bastante sólida para sentarla. No le vinieron los vestidos de fiesta de las mujeres más altas, ni los corpiños dominicales de las más dotadas, ni los zapatos de la mejor plantada. Intimidadas por su desproporción y su hermosura, las mujeres decidieron entonces hacerle un vestido con una sábana vieja de osnaburgo harinero blanqueada al sereno, y un corpiño de tocuyo sanforizado, para que pudiera seguir durmiendo y poner a salvo a los maridos cuando volvieran de las islas vecinas. Mientras cosían sentadas en círculo, contemplando la desnudez magnífica entre puntada y puntada, les parecía que el viento no había sido nunca tan cordial ni el Pacífico había estado nunca tan cauteloso como aquella tarde, y suponían que esos cambios tenían algo que ver con la durmiente. Imaginaban que si aquella mujer magnífica hubiera vivido en la caleta, su casa habría tenido las ventanas más grandes, el techo sin goteras y el piso más reluciente, y el bastidor de su cama habría sido de tablones de mañío lleuque con pernos inmunes a la corrosión salina, y su marido habría sido el más feliz de los hombres. Temían que habría tenido tanta autoridad que hubiera sacado los

mariscos del mar con sólo pensarlo, y habría provocado tanto empeño de los hombres en el trabajo que los hubiera hecho construir un atracadero con las piedras más grandes y hubiera podido hacerlos construir escalinatas hasta la cima del cerro más alto. La compararon en secreto con ellas mismas, pensando que no serían capaces de hacer en toda una vida lo que aquella era capaz de hacer en un día, y terminaron por repudiarse a sí mismas en el fondo de sus corazones. Estaban atrapadas por esos pantanos de la envidia, cuando la mejor dotada de las mujeres, que por ser la más hermosa había contemplado a la durmiente con menos resentimiento, dijo:

—Tiene cara de ser la Pincoya.

Era cierto. A la mayoría le bastó con mirarla otra vez para comprender que no podía ser otra. Las más porfiadas, que eran las que habían acumulado mayores agruras del corazón, abrigaron la ilusión de que al ponerle la ropa, sentada a la mesa y con el pelo revuelto, pudiera verse menos despampanante. Pero fue una ilusión vana. El género de bolsas harineras resultó perfecto, el vestido mal cortado y peor cosido le quedó espléndido, y el corpiño de tocuyo sanforizado resaltó los contornos de sus senos de reina marina. Al despuntar la noche se robustecieron los silbidos del viento y el mar despertó enfurecido. La tormenta aumentó las sospechas: no podía ser otra que la Pincoya.

Las mujeres que habían cortado el vestido de mala fe para que le quedara estrecho, las que le habían enredado adrede el peinado, las que le habían cortado las uñas cheutas y raspado a la munda la vegetación de las manos, no pudieron reprimir un estremecimiento de cólera cuando tuvieron que resignarse a llevarla a la casa más próxima. Fue entonces cuando comprendieron cuánto debió haber sido de feliz con aquel cuerpo descomunal, si hasta mal vestida resplandecía. La vieron condenada en vida a pasar de mirada en mirada, a descalabrar corazones de adolescentes por las caletas, a usar el mejor asiento en las visitas sin tener que hacer nada con sus tiernas y rosadas manos de sirena, mientras el dueño de la

casa buscaba su mirada y le suplicaba anhelante que lo dejara alzar la copa y brindar a su salud como si en ello le fuera la vida.

Esto, y otras cosas peores, pensaban algunas de las mujeres frente a la durmiente del mar un poco antes del amanecer. Más tarde, cuando la luz del sol penetró por la ventana y un rayo le besó la cara, la vieron tan fresca, tan radiante, tan criatura de otro mundo, que se les abrieron las primeras grietas de veneno en el corazón. Fue una de las más virulentas la que empezó a rezongar. Las otras, alentándose entre sí, pasaron de los rezongos al despotricar, y mientras más rezongaban más deseos sentían de despotricar, porque la durmiente se les iba volviendo cada vez más Pincoya, hasta que la insultaron tanto que fue la mujer de mar más odiada de la tierra, la más ligera de cascos y la más odiosa, la puta Pincoya. Así que cuando los hombres volvieron con la noticia de que la durmiente con pelillos de sargazo en la piel era la sembradora del mar, conocida y venerada en todo el ámbito del archipiélago, ellas se sintieron desfallecer en la angustia de una bonanza de desolación.

—¡Que el Dueño del Mar nos proteja y asista! —suplicaron.

Las otras mujeres, las que se tenían fe y estaban seguras del amor de sus maridos guardaron silencio y estuvieron de acuerdo con los hombres, que instruidos por el sabio más sabio de los sabios del archipiélago, concluyeron que aquellos aspavientos eran innecesarios. Cansados de la navegación de la noche, lo único que querían era devolver al mar su sembradora dormida para que no tuviera conciencia de la humillación y en venganza dejara los canales desprovistos de vida marina por cien años. Los mejores carpinteros de la caleta construyeron unas angarillas con varas de luma, y las amarraron con cuerdas de fondeo, para que resistieran el peso de los huesos petrificados por el agua. Organizaron un capullo de lianas de cochayuyo con un modelo rescatado de la memoria de las mujeres que estropearon el original, metieron el cuerpo magnífico despojado de las ropas de la ignominia llorando por dentro despavoridos de anticipada

nostalgia, y cubrieron cada rendija del capullo con hojas tiernas de lugaluga, de manera que las corrientes superficiales no fueran a despertarla antes de tiempo, como había sucedido otras veces. Pero mientras más se apresuraban los que sabían del peligro, más cosas se les ocurrían a los que no querían dejar de contemplar su cuerpo magnífico. Los hombres que la cargaron para depositarla en el capullo y que habían sentido el palpitar de su cuerpo mientras la cargaban, argumentaron que no era seguro echarla al mar sin un desagravio porque se había sabido que otras veces la Pincoya, aun dormida, había tenido conciencia de las ofensas recibidas y su venganza había sido terrible. Las mujeres que le quitaron las algas parasitarias de la piel estuvieron de acuerdo y se ofrecieron para organizar el más grande acto de desagravio que jamás se vio en todo el ámbito del archipiélago; las que le desenredaron del cabello los escombros marinos propusieron un festival de músicos bordemarinos y un curanto de exportación; las que le retiraron de manos y pies callosidades antiguas aprobaron la idea y todavía imaginaron que podía llamarse al padre Andante que navegaba por los canales vecinos para que sellara el desagravio con una bendición presbiterial.

A las cuatro de la tarde la mitad de hombres y mujeres insistieron en la botadura del capullo de inmediato, pero la otra mitad votó por el desagravio. Se trabó una contienda de argumentos entre los mejores oradores de los grupos en pugna mientras las mujeres de cada bando daban toda clase de aprobaciones y silbatinas que nadie les había pedido. Con tantos tiras y aflojas el capullo de la Pincoya no había traspasado la mitad del trayecto hasta la playa a las seis de la tarde. Al anochecer el mar complicó las cosas, pues cuando estaban a punto de llegar al consenso, se robustecieron los silbidos del viento, las olas perdieron la prudencia y el Pacífico se volvió iracundo en todo el contorno del archipiélago.

La tormenta acabó por imponer la cordura. Las mujeres que habían cortado el vestido de mala fe para que le quedara estrecho, las que le habían enredado adrede el peinado, las que le habían cortado las uñas cheutas y raspado a la munda la vegetación de las manos, no pudieron aguantar las agruras del remordimiento y se pasaron al bando contrario. La botadura del capullo tenía más votos a eso de las nueve de la noche, pero temiendo que las olas volvieran a sacarlo a la playa se resignaron a esperar que escampara. Los hombres que habían hablado con el sabio se ofrecieron para encabezar la vigilia. Unos se pusieron del lado del mar para proteger el capullo de posibles marejadas, otros del lado del norte para atajar los malos vientos, otros por el sur para atajar los efluvios polares y otros por el este para impedir el alboroto de los pájaros nocturnos, y al cabo de tanto «ándate a la casa, mujer, protégete de la lluvia, mira que tienes hijos que criar», a las mujeres se les subieron al hígado las suspicacias y empezaron a rezongar que con qué objeto tanta cuidadera de última hora, si por muchos años la lluvia había macerado sus lomos, pero ellos seguían armando sus argumentos de pacotilla, levantando falsos testimonios a la intemperie, tropezándose en sus propias maledicencias, así que algunas de ellas terminaron por despotricar que de cuándo acá semejante alboroto por una durmiente al garete, una tonina de nadie, una puta marina venida de otra parte. Una de las mujeres más jóvenes y bonitas, mortificada por tanta tirria, le apartó entonces a la durmiente las lianas de cochayuyo de la cara con la linterna encendida, y todos se quedaron sin aliento.

Bastó con que la luz le bañara la cara para darse cuenta de que estaba mortificada, de que no tenía la culpa de ser tan grande, ni tan pesada, ni tan espléndida, y si hubiera sabido que su presencia iba a causar tanto alboroto habría buscado un lugar más discreto para dormirse, se hubiera amarrado ella misma a un mazacote de cochayuyo en un acantilado, para no andar ahora estorbando como durmiente al garete, para no molestar a nadie con ese cuerpo de fatalidad. Había tanta verdad en su modo de dormir, que hasta las

mujeres más suspicaces, las que nadaban en amarguras temiendo que sus hombres se cansaran de soñar con ellas para soñar con las durmientes desconocidas, hasta esas, y otras de más tenacidad en sus convicciones, se estremecieron en lo más profundo con la sinceridad de la durmiente.

Fue así como le hicieron el desagravio más espléndido que podía concebirse para una durmiente marina. Algunos hombres que antes del amanecer apenas amainó la tormenta habían ido a buscar músicos y bastimentos en las caletas vecinas regresaron con otros que no creían lo que les contaban, y éstos se fueron por más músicos y bastimentos cuando vieron la durmiente, y llevaron más y más, hasta que hubo tantas bandas de músicos bordemarinos, tantas rumas de bastimentos de todas clases y tanta gente que apenas si se podía caminar en la playa.

A eso del mediodía, mientras se cocinaban los curantos envueltos en hojas de pangue sobre piedras calentadas al rojo vivo, echaron el capullo de algas al mar. Mientras se disputaban el privilegio de llevarla en hombros por la arena caliente y luego empujar suavemente el ovillo sobre la superficie marina, hombres y mujeres tuvieron conciencia por primera vez de la desolación de sus vidas, la pequeñez de sus naves, la estrechez de sus sueños, frente al esplendor de la Pincoya. La soltaron sin prisa, para que volviera si quería, y cuando lo quisiera, y todos retuvieron el aliento durante la fracción de mediodía que demoró la corriente en arrastrar el capullo al centro del canal. No tuvieron la necesidad de mirarse los unos a los otros para darse cuenta de que ya no estaban abandonados a su suerte, ni volverían a estarlo jamás. Porque en el fondo de sus corazones sabían que todo sería diferente desde entonces, que sus lanchas iban a tener la cuaderna más grande, las velas más recias, y el timón más firme, para resistir con propiedad el peso de la abundancia de frutos marinos que la Pincoya habría de sembrar en agradecimiento.

A las cinco de la tarde los cuatro solteros de la caleta, que se habían mantenido al margen de todo para vigilar de cerca sus propios sentimientos, no aguantaron las ansias de

nadar y se metieron corriendo al agua cuando vieron a la Pincoya erguirse sobre sus pies y caminar a saltos sobre los manchones flotantes de sargazo en medio del canal. El padre Andante que venía a la fiesta orientado por la música los vio pasar cerca del bote y tuvo que persignarse frente al prodigio de verlos avanzar como si fueran peces movidos por aletas invisibles a una velocidad que estaba más allá de toda experiencia humana conocida. Pero tuvo que volver a persignarse cuando casi al mismo tiempo el bote sufrió una arremetida sin viento y fue llevado a la playa por una ola de peces y mariscos que lo dejaron sobre la arena y todavía siguieron de largo en dirección a los fogones, donde se envolvieron ellos mismos en hojas de pangue y se pusieron a cocinar sobre las piedras calientes.

El padre Andante reconoció enseguida que el prodigio era cosa del diablo pues los milagros en que intervienen los peces no incluye que se cocinen a sí mismos por propia iniciativa. Improvisó un altar en la playa, lanzó al viento un sermón inspirado, impartió una bendición de rabia sobre los fogones humeantes y exhortó a los creyentes a arrojar los peces cocidos al mar. Pero todo fue en vano. La muchedumbre, alertada por el sabio más sabio del archipiélago, ya había reconocido en el prodigio la mano de la Pincoya y siguió celebrando la benevolencia de la sembradora del mar hasta que los músicos bordemarinos se desmayaron de cansancio, y no quedó ni uno solo de los pescados ni moluscos ni crustáceos que se habían cocinado por propia iniciativa en los fogones de la playa.